

**Andrea Fanta Castro, Alejandro Herrero-Olaizola y Chloe Rutter-Jensen editores**

***Territories of Conflict. Traversing Colombia Through Cultural Studies***

Rochester NY: University of Rochester Press, 2017, 309 pp.  
ISBN: 978-1-58046-580-9

María Helena Rueda/ Smith College

Si algo caracteriza este libro es la multiplicidad. Cada uno de los capítulos presenta una línea de análisis particular sobre un asunto específico y un aspecto interesante en sí mismo. El prólogo unifica las distintas propuestas en torno al tema y enfoque anunciados en el título del volumen. Todos los autores incluidos, nos dicen los editores, se acercan a la realidad colombiana como espacio de conflictos y lo hacen desde la perspectiva de los estudios culturales. Se centran entonces principalmente en el estudio de la representación y de las dinámicas de poder que se revelan en ella. En cuanto al conflicto, se concentran principalmente en los tiempos más recientes.

Sólo dos capítulos trazan los orígenes de las violencias actuales en un pasado relativamente distante. En uno de ellos, Tatjana Louis reflexiona sobre la representación de la historia nacional en textos escolares desde comienzos del siglo XX. En otro, Felipe Martínez-Pinzón examina discursos del siglo XIX sobre el clima en Colombia, que racionalizaban la exclusión como medio para alcanzar el progreso en un país del trópico. Otros dos capítulos se refieren a culturas originarias de la Colombia anterior a la colonización española, pero centrándose en la forma como sus descendientes resisten hoy la modernización y sus violencias. Maurizio Ali habla sobre la comunidad de los Kuna y su defensa del Darién, mientras que Álvaro Diego Herrera Arango investiga la manera conflictiva en que los Wuitoto apropian el discurso de los derechos humanos para salvaguardar sus comunidades. La mayoría de los capítulos, divididos en cuatro partes, exploran las muy diversas maneras en que las violencias recientes aparecen en textos, imágenes, canciones, sonidos, y movimientos sociales.

La primera parte gira en torno de la idea de la nación, en su relación con la violencia y la memoria. Además del capítulo de Louis sobre los textos escolares, incluye estudios de Sven Schuster, sobre la importancia de recuperar las memorias de la época de La Violencia; Camilo Alberto Jiménez Alfonso, sobre textos en los cuales los líderes de las FARC-EP autodefinen su papel en la construcción de la nación; Felipe Gómez Gutiérrez, sobre la complejidad con la que dos novelas gráficas se refieren a la identidad nacional; y Gregory Lobo, sobre las estrategias del *uribismo* para exaltar una idea de nación que congregaba a los colombianos, mientras desplegaba un aparato de violencia y brutalidad.

La segunda parte se refiere al espacio, la etnicidad y el medio ambiente. Aquí están incluidos los textos de Ali, Herrera Arango y Martínez Pinzón, además de un estudio de Margarita Cuéllar Barona y Joaquín Llorca Franco, sobre la forma como los sonidos de un barrio en Cali configuran un sentido de territorio entre sus habitantes.

La tercera parte incluye estudios sobre el cuerpo y las políticas de género. Diana Pardo Pedraza se refiere a una campaña mediática que pretende crear conciencia sobre las minas anti-personales y termina llevando a la invisibilización de los cuerpos mutilados por ellas. Kate Paarlberg-Kvan discute la potencialidad de los movimientos de mujeres surgidos del conflicto, como signo de la centralidad del género en la construcción de lo político. Stacey L. Hunt hace un recuento de la transformación de la zona cafetera en espacio turístico donde se despliega una identidad nacional basada en rígidos paradigmas heterosexuales, mientras se silencian las violencias y los desajustes económicos que acompañan este radical cambio en la geografía de la región. Héctor Fernández L'Hoeste, por su parte, lleva a cabo una aguda interpretación de las políticas del cuerpo en Colombia, desde el análisis de un video musical que fue inicialmente retirado de circulación por representar de manera muy violenta el sufrimiento de un personaje transgénero.

En la cuarta parte del volumen se incluyen análisis de diversas expresiones musicales e imágenes audiovisuales. Ingrid Johanna Bolívar Ramírez habla de la música producida por miembros de las FARC y en general del papel de la música en esa guerrilla. David Fernando García analiza el periplo global del grupo Chocquibtown, como ejemplo de la apropiación de lo local por el mercado cultural. Silvia Serrano estudia la trayectoria de la música *carranguera*, que impulsada por Jorge Velosa consiguió un reposicionamiento de lo rural en un país cada vez más urbano. María Ospina se ocupa de películas que justamente dirigen su mirada a esos espacios rurales, resistiendo políticas gubernamentales que tienden a definirlos por su potencial para la explotación y el turismo. Claudia Liliana Salamanca Sánchez explora la traumática experiencia del secuestro, desde la forma como los secuestrados son representados en dibujos, fotografías y videos. Finalmente, Aldona Bialowas Pobutsky habla de la mercantilización mediática de Pablo Escobar y su mundo criminal, en cuanto fenómeno que termina oscureciendo los

orígenes sociales, políticos y económicos de los conflictos colombianos.

Este muy rápido recuento de los capítulos del libro quizás dé una idea de la riqueza de sus temas, algo que constituye su mayor aporte. Cada uno de los capítulos llama la atención sobre un asunto significativo, relacionado con algún aspecto de los conflictos colombianos, planteando preguntas y señalando posibles caminos de acercamiento. Más que una hipótesis general sobre una faceta específica del conflicto, este volumen presenta una propuesta multifocal de acercamiento a sus diversas aristas, para dar cuenta de su complejidad. Queda para el lector o lectora la indagación mayor sobre cada una de las propuestas presentadas.

La lectura deja también abiertas algunas preguntas sobre temas no incluidos. Llama la atención, por ejemplo, que en un volumen con tantos estudios sobre formas de representación,

no haya prácticamente ninguna referencia a las muchas obras que desde la literatura, las artes plásticas y el performance ofrecen reflexiones sobre los conflictos colombianos. Se trata de una evidente decisión editorial, quizás relacionada con la tendencia general de los estudios culturales a enfocarse en la llamada cultura popular, que no es sin embargo discutida en la introducción al volumen. Sólo se habla de ella en una nota de pie de página (17 n7) donde los editores señalan que existe ya bastante producción académica sobre esos campos, y el volumen buscaba explorar otros. Esta aclaración, que quizás tendría que haber entrado en el cuerpo de la introducción, plantea preguntas sobre cuáles son los discursos y temas de análisis que privilegia la academia, y sobre cómo se relaciona esto con el propósito general del libro. Son preguntas que se hace ahora esta lectora en particular, tras absorber cada uno de los capítulos aquí incluidos, en una reflexión que resulta importante en sí misma, y para la cual ofrece también elementos este estimulante volumen.